

EDUARDO
MABQUINA

Canciones
DEL
Momento

PQ6623
.A7
C3



1020027748



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



Canciones del momento

**Odas de la ciudad
y Horas trágicas**

OBRAS DEL AUTOR

VERSOS

Odas (agotada)
Las vendimias (Seix, Barcelona)
Églogas (Rodríguez Serra, Madrid)
Elegías (A. López, Barcelona)
Vendimión (Sucesores Hernando, Madrid)

TEATRO

El pastor, poema dramático, tres actos
Agua mansa, zarzuela (agotada)
La vuelta del rebaño, zarzuela, un acto
Benvenuto Cellini, biografía dramática, cuatro actos
Mala cabeza, pequeño drama, un acto
Emporium, drama lírico (catalán), tres actos
Las hijas del Cid, leyenda trágica, cinco actos

NOVELA

La caravana	La muestra
Corneja sinestra	Beso de oro
<i>(El Cuento Semanal.)</i>	
La pasión de mister Castle	El secreto de la vida
<i>(Los Contemporáneos.)</i>	
Almas anónimas (novelas cortas)	

TRADUCCIONES

La ciudad y las sierras (Eça de Queiroz)
Saliendo de la esclavitud (Booker T. Washington)
Las flores del mal, *poesías* (Ch. Baudelaire).

EDUARDO MARQUINA

≡ CANCIONES ≡
DEL MOMENTO

ODAS DE LA CIUDAD
Y HORAS TRÁGICAS



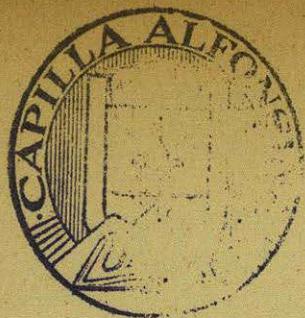
PRÓLOGO
DE
E. GÓMEZ CARRILLO



099706

MADRID
LIBRERÍA DE FRANCISCO BELTRÁN
16, PRÍNCIPE, 16

32167



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD
Derechos reservados

PQ6623
A7
C3

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



Prólogo



CUANDO Eduardo Marquina comenzó á publicar sus **CANCIONES DEL MOMENTO** en el *Heraldo de Madrid*, muchos compañeros nuestros, de los que aun creen en la eficacia de las torres de marfil, vieron con extrañeza que un tan alto poeta se consagrara á tan baja labor. Y es que entre nosotros la actualidad no había nunca inspirado á la musa seria. La vida, con sus múltiples palpitaciones, con sus palpitaciones de amor y de dolor, y también con sus palpitaciones de odio; la vida de todos los días; la que no es ni épica ni extraña; la vida monótona, en la cual el hoy es igual al ayer, no parecía á los grandes señores de nuestro Parnaso sino digna de risas. Aristofanesicamente, algunos periodistas la han comentado siempre, hora por hora, en versos satíricos. Eso á la gente le encanta. Pero Marquina no es festivo ni es tam-

poco periodista. No es más que poeta. Es el más serio de nuestros poetas. ¡Cómo, pues, no había de chocar su labor hebdomadaria! ¡Cantar la llegada de Carolina Otero sin bromas; comentar los veredictos del Jurado sin chanzas; celebrar la alianza anglo-rusa sin cuchufletas; defender á Dreyfus en estrofas iguales á las que otros emplean para decir amores ideales, eso sí que era singular! Y cuando digo singular no empleo la palabra verdadera.

— Es ridículo — decían algunos.

Y otros:

— Es todo lo contrario de la poesía.

De vuestra poesía, sí, señores exquisitos. Pero de la grande, de la fuerte poesía, no; pues habéis de saber que esa labor que os choca es muy parecida á la que realizaba, hace dos mil quinientos años, el divino Píndaro cuando recogía los rumores de la multitud pacífica que trabajaba y se divertía, para perpetuarlos en estrofas que son las más duraderas estelas de la ciudad helénica.

Ciudad: en mi labor contradictoria y varia,
quiero hacerte una ofrenda á la antigua manera;
abre tu Pritaneo y escucha mi plegaria,
tú, en tus mármoles y en tus hierros tan severa.

Este blanco montón de humilde vellocino
que aun mantiene en guedejas la tonsura reciente,
es lana que corté para tu altar divino
en las obscuras ansias de mi labor ferviente.

La bestia de la Vida pasajera y triunfante
la llevaba en sus flancos en colgantes vellones;

á diario la aguanto por el belfo espumante
y me entrega el tributo de sus blancos mechones.

Ciudad: y como son diarias mis contiendas,
aun hay traza en las lanas del fango de las sendas.

Esta lana simbólica de Marquina, que ha de servir para que las multitudes tejan su señora blanca, es más preciada que todas las cintas de los decidores de discreteos y que todos los brocados de los invocadores de la gran musa. Porque el buen poeta, que á veces, por una extraña coquetería, quiere parecer seco, es, en realidad, el más perfecto; el más impecable artista de nuestro tiempo, demasiado artista tal vez, ya que su más gran deseo es hacerse oír del pueblo é influir en la formación del alma futura.

Pueblo sobrio y paciente, pueblo mío;
oro en el triunfo, en el dolor acero;
¡decide del combate á tu albedrío,
tú, que en la lid penetras el postrero!

No rechaces, cobarde, con la mano
la misión que te ha sido confiada;
pueblo: mira que es ella como espada
y tu puño ha nacido castellano.

Mas, entre nosotros sea dicho, esto de dirigirse así al pueblo es una pura fantasía de idealis-

ta, una pura y vana fantasía. . . ¿Cómo, en efecto, creer que la masa lectora, acostumbrada á la prosa política y periodística, pueda darse cuenta de lo que significa el verbo del poeta y sepa saborear la gracia y la fuerza de las composiciones que forman su libro? Sólo que en tal punto todos los poetas se encuentran en igual conflicto. «Para ser comprendido por el pueblo — escribe Maurice Pujo — sería necesario ponerse á su nivel y no hablarle sino de lo que él entiende, de lo que él conoce; no salir del círculo estrecho de sus pasiones y de sus preocupaciones; cultivar sus prejuicios, en fin, y esto sólo en el estilo ingenuo é inflado de los oradores políticos puede hacerse.» Ahora bien; Marquina no cultiva ese estilo. Ni siquiera elocuente es. Es lírico, es helénico, es armonioso, es original, es fogoso. Pero oratorio, no. Ni ingenuo tampoco. ¡Ah, no! Repleto de cultura y repleto de ideas, no tiene la inocencia que sólo da la ignorancia. Pero tiene la fe. No hay más que tomar al acaso una cualquiera de sus canciones para notarlo. Tiene la fe consciente de los que se han hecho una religión de la Patria, de la Historia, de la Raza y de la Ciencia. Tiene la santa fe de los apóstoles nuevos.

Oído hablar con su musa:

Me has dicho: recoge los gritos
que dé mi Nación en la prueba;
si quiere en tus dueños malditos
cebarse, con ella te ceba;
me has dicho: los himnos proscritos
del viejo heroísmo renueva.

Yo pongo en tus labios marchitos
un áspero ardor de tizonas;
la luz de los épicos mitos
empurpurará tus canciones;
levanto los rotos pendones
en palingenésicos ritos.

No pares la mente á razones
cuando es el vivir la más santa;
me has dicho: contrarias legiones
en himnos contrarios levanta,
que en tanto que un brazo la aguanta
no hay lanza que esté sin razones.

Todo Marquina está en estas estrofas, con su energía, con su lirismo, con su patriotismo, con su entusiasmo por el esfuerzo, con su amor de la lucha, con su alma de «poeta civil», en fin, para emplear la expresión que él prefiere. Aunque, á decir verdad, eso de «poeta civil». . . ¿Y por qué civil? . . . Yo preferiría otro adjetivo cualquiera, ó mejor ningún adjetivo. Mas el autor de las CANCIONES DEL MOMENTO parece tener empeño en que se le considere como *poeta civil*, y hay que inclinarnos ante su voluntad.

Que este imperial fragor de hierros bárbaros,
y esta epopeya de encontradas razas,
y esta *civil* expectación de auroras
es poesía — y á decirla rompo.

Después de todo, ¿qué importan las etiquetas? Llámesele como se le llame, la poesía de Marquina es hoy en España la más intensa, la más honda; sobre todo, la más nacional. Su musa, en efecto, es una española sin mezcla, pero no una española de cromo, con mantón bordado y navaja en la liga, no; sino una española moderna de las que, desdeñando los trapos andaluces y las gracias andaluzas y el mal gusto andaluz, saben ondular con ritmo discreto y divino dentro de un traje parisiense, y no desdeñan la cultura, y no creen necesario ser beatas para ser coquetas. ¡Oh, la bella musa de ojos ardientes y de talle esbelto! ¡Cuánto la ama el poeta! Sólo que, aun amándola con todo su amor, no quiere halagarla, como sus predecesores, en sus vicios, ni menos aún en sus prejuicios. «La razón — dícela —, la razón te libre de tus enemigos, y no te den miedo las cosas reales». Luego la hace ver en lontananza su nueva patria, que ya no es un pueblo de frailes y de ruinas, de toreros y de cesantes, sino un noble imperio de esfuerzo, de trabajo, de inteligencia, de libertad y de heroísmo.

Limpia te ansío y sin raigambre muerto;
no vinculada en apariencia de ídolos;
vivificante más que viva, y libre,
Patria, de trabas.

No organizada en defensivo gesto,
toda recelos y anatemas toda;
— desdeña el plomo, atravesando eximias
nubes, el águila.

Patria, que estás sobre corona y gladio,
la zarpa encoge al desplegar las alas;
toda estás hecha para el vuelo. . . ¡Vuela,
Patria aquilinal

Nadie se atreva á tu virtud, ni nadie,
blasfemo, quiera vincularla entera;
no te sepulto en un altar, te esgrimo
como una espada.

No; en el arrimo de las torres viejas,
ídolo estéril, tu estandarte enclavo;
digo «asid de él y sin temor, patricios,
dadlo á los aires.»

Los que estudian la obra entera de Marquina le encuentran abuelos ilustres. «Es — dice mi amigo Acebal — un hijo legítimo de Núñez de Arce.» Y un crítico italiano que firma Gip, escribe:

«Del Carducci risente in questo poema il Marquina non solo l'influenza esemplare del ritmo — poichè molte forme delle odi barbare sono qui riprodotte — ma anche la sostanziale disposizione dello spirito poetico,

imbevuto di classiche reminiscenze, innamorato del paganesimo e pur sensibile a tutte le sottili suggestioni della passione cristiana.»

Puede ser. Pero yo de mí sé decir que en las **CANCIONES DEL MOMENTO** no hallo influencia ninguna visible. Escritas día por día, probablemente sin gran esfuerzo, de seguro sin intención de reunir las luego en volumen, estas estrofas son como las palpitations del alma del poeta. Cada una de ellas corresponde, más que á un acontecimiento de la vida real, á un estado de ánimo del cantor. Por eso tienen tanta frescura, tanta variedad y tanto sabor. Por eso no traen á la mente reminiscencias de maestro ninguno. Por eso, en fin, serán lo más durable de la obra marquiniana, tan bella y tan seria en su amplio conjunto poético.

E. Gómez Carrillo



Canciones del momento